YÁ NO ME CONFORMO

Me ardían los pulmones. Había corrido durante tanto tiempo que no recordaba siquiera el término “andar”. Sin embargo, sabía que si paraba él me encontraría. Mi marido. Y me apalearía como tantas veces había hecho antes, con unos puños que ya me eran muy familiares.

Aquella oscura noche, mientras huía, no solo cargaba con la inquietud del futuro y los constantes recuerdos que, convertidos en pesadillas, mi cabeza me obligaba a repetir desde que tengo memoria, atemorizando así mis días, pues transportaba entre mis esqueléticos brazos a mi hija Aminata, a la cual puse mi nombre cuando seis meses atrás, cuando di a luz al fruto de una larga serie de abusos desgarradores.

Compartíamos nombre y sin embargo, en aquel momento lo di todo por ella, para no compartir jamás una sola vivencia. Para que mi pequeña no pudiera contar en primera persona una historia de vida similar a la mía. Ella era todo lo que tenía. Pues sabía que no volvería a ver a mi familia, que quedó en Malí cuando yo logré escapar. Fue en ese instante cuando abrí los ojos. Había llegado hasta España y no tenía intención de conformarme con menos que una vida digna, sin necesidad de esconder una amoratada cara tras mi espesa capa de maquillaje.

Las oscuras calles de Valencia hicieron además de iluminarse con el primer rayo de luz bañando el cielo cuando, la penumbra me permitió distinguir una figura anciana. Mi experiencia y mis numerosos traumas me gritaban de forma ensordecedora que me alejara tan rápido como me lo permitieran mis piernas, que ahora en estado de alerta, temblaban dejando en evidencia mi nula confianza hacia la bondad de la raza humana

Fue entonces cuando sin importar nada, las huesudas extremidades que sostenían el resto de mi cuerpo comenzaron a avanzar antes de lo que mi cabeza llegó a asimilar. Y ahí estaba. Llorando rendida ante los pies de la persona que sin saberlo en aquel momento, me devolvería todo el amor que en forma de golpes me arrebataron un día. Soy Aminata y no volveré a conformarme con menos.